

MIGUEL A. MARTÍN GONZÁLEZ

COSMOVISIÓN

Awara


BILENIO
publicaciones

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	15
PARTE I. DOMINIO ORIGINARIO	21
1. Geografía mítica	21
1.1. Idate: el mito de piedra	29
1.2. El paisaje del miedo: Cumbre Vieja	32
2. Breve aproximación historiográfica	37
3. Un viaje inesperado, rumbo a una isla	42
3.1. ¿Una o varias oleadas?	46
3.2. Los cálculos demográficos	49
4. Territorio e identidad	51
5. Dispersión territorial	57
5.1. Fases de ocupación	59
PARTE II. DOMINIO SOCIOECONÓMICO	67
6. Singularización para una sociabilidad	67
7. ¿Qué tipo de sociedad?	70
8. La célula básica: la familia	72
8.1. Sociedad matrilineal	74
9. Jefatura o Liderazgo	78
10. Escaramuzas, contiendas y guerras	80
11. Subsistencia: recursos y alimentos	84
12. La ganadería	90
12.1. Cabaña ganadera	93
12.2. Trasterminancia	97
12.3. Gestión de los espacios pastales de cumbre	98
12.3.1. El Adgal	104
13. El dispensario vegetal	105
14. Recolección marina y pesca	112
15. La caza	117
16. La agricultura	118

17. Los recursos tecnológicos	122
17.1. Cerámica	123
17.1.1. Idolillos	128
17.2. Herramientas de piedra	130
17.3. La madera	133
17.4. Manufactura ósea	135
17.5. Pieles	138
17.6. Malacofauna	138
PARTE III. DOMINIO DE LAS CREENCIAS	141
18. Cosmovisión	146
19. Hierofanías	151
20. Lo simbólico	157
21. La orientación astronómica	162
22. Naturaleza y cultura	169
22.1. Geografía cósmica	172
22.2. Estructura espacial (Axis Mundi)	176
22.3. La orogelatría o el culto a la montaña	181
22.3.1. El Bejenao, el ombligo cósmico	185
23. Tempusfanía. El tiempo procede del cielo	187
24. Los calendarios rituales	192
25. La Bóveda Celeste: Tigotán	199
26. Divinidades astrales	202
26.1. Magec/Abora (el Sol)	205
26.1.1. Metáfora de la boca: la puerta del Sol	212
26.2. Ayur (la Luna)	216
26.3. Estrellas y constelaciones	224
26.3.1. Estrella Canopo	227
27. Iruene	230
28. Genios	232
29. Los espíritus de los antepasados	235
30. Mundo subterráneo: el inframundo	237
31. Cuevas santuario	244
32. Círculos de piedra: El baladero de Salón Colorado	261
33. Amontonamientos de piedras (Iguarar)	267
34. Quid pro quo: Canales y cazoletas	278
34.1. Microcazoletas de las Tierras (Barlovento)	285
34.2. Surcos verticales	288
34.3. Cazoletas de mar	290
35. Los grabados rupestres ¿Imágenes del mundo?	300
35.1. Clasificación tipológica	305

35.1.1. El animatismo de los motivos geométricos	308
35.1.2. Motivos antropomorfos	311
35.1.3. Motivos alfabéticos	321
35.1.4. Triángulos	326
35.1.5. Ideomorfos lineales	328
35.1.6. Motivos dameros	329
35.1.7. Motivos de bandas	332
35.2. La cuestión cronológica	333
35.3. Significación	335
35.3.1. Primeras interpretaciones: el agua	336
35.3.2. El arquetipo cósmico	340
36. ¿Existe la muerte?	345
Bibliografía	353
APÉNDICE: Palmés.	365
Estudio para un ensayo sobre la supervivencia de los Awara.	

PRÓLOGO

“El problema de la modernidad radica en que se juega a tener y no a ser” (Jorge González Moore)

La arqueología se basa en la materialidad del pasado, en las huellas y vestigios fósiles de quienes nos precedieron. En el caso de Canarias, la investigación del pasado indígena se ha basado no solo en esta materialidad sino, igualmente, en las fuentes etnohistóricas, es decir, en la visión que los europeos nos transmitieron sobre el mundo indígena en su etapa final, tras la conquista y colonización de las islas en el siglo XV.

El análisis de estas fuentes etnohistóricas refleja que los nuevos colonos prestaron muy poca atención a los indígenas canarios. La práctica totalidad de los primeros cronistas y etnohistoriadores emitieron juicios personales sobre el mundo indígena, acordes con sus propios valores culturales que, obviamente, eran radicalmente ajenos a la tradición indígena. Podemos afirmar que el pensamiento occidental nunca se había molestado en escuchar al “otro”. Sencillamente, lo asimilaba, antes o después, a su cultura y ello pasaba también por su cristianización. Es decir, no había una tradición cultural occidental basada en el conocimiento o en el respeto hacia “el otro”, el “salvaje”, el “idólatra”. Esto permite entender las dudas que mostraron en aquellos momentos los europeos sobre la naturaleza del indígena y sobre el lugar que le correspondía como persona en el contexto de la sociedad.

En el caso canario tan sólo algunos autores, entre ellos Fray Alonso de Espinosa, Leonardo Torriani o Abreu Galindo, intentaron comprender al indígena canario. El gran escollo a salvar fue, entre otros, la barrera idiomática, pues uno de los requisitos necesarios para intentar entender al indígena pasaba por conocer la lengua autóctona. En este sentido, muchos autores europeos, además de los aquí referidos, recurrieron a otras fuentes en sus escritos sobre los indígenas canarios. La ciencia pagana

de la antigüedad romana junto a la tradición judeo-cristiana fueron las bases sobre las que se sustentó la tradición historiográfica desarrollada en Canarias hasta bien entrado el siglo XIX. En los momentos posteriores a la conquista, estas fuentes, paradójicamente, llegaron a tener más valor que el testimonio de los denominados “guanches viejos”, es decir, de quienes portaban el conocimiento indígena. No es de extrañar, en este sentido, que en las fuentes etnohistóricas canarias se hablara del poblamiento originario del archipiélago a partir de relatos basados en textos clásicos o en el propio Génesis. Asimismo, conceptos propios del mundo europeo se aplicaron a la realidad indígena, produciéndose una simplificación extrema de las costumbres de los antiguos canarios. Términos como “vasallaje”, “rey” o “nobleza”, fueron frecuentes a la hora de describirse las costumbres y la sociedad de los antiguos canarios.

Las fuentes etnohistóricas canarias, por tanto, presentan importantes vacíos: carecen de profundidad temporal, pues sólo se hacen eco de la etapa final del mundo indígena; y en ellas está omnipresente el pensamiento occidental, que no permitió la comprensión plena de la realidad indígena.

Ante esta realidad, ¿qué aportan las evidencias arqueológicas? La investigación arqueológica canaria, especialmente hasta el último tercio del siglo XX, ha estado muy condicionada por el apego a las fuentes etnohistóricas, pues éstas han sido consideradas, en cierto sentido, como el referente a seguir a la hora de encontrar (o no) en los yacimientos la correspondiente confirmación material de lo que en ellas se relata. La práctica arqueológica ha estado encorsetada, en buena medida, por esa visión matriz del mundo indígena.

A partir de la materialidad del pasado y siendo conscientes de que uno de los principales problemas de la investigación sobre el legado indígena canario radica en la falta de diacronía, hoy sabemos cómo vivían los indígenas canarios, cuál era la naturaleza de sus hábitats, cuál era su base económica, cuáles sus prácticas funerarias... entre otros aspectos. Asimismo, gracias a los estudios bioantropológicos sabemos el tipo de lesiones y/o enfermedades que padecían, el perfil de su dieta o sus características físicas, incorporándose recientemente los estudios genéticos y las comparaciones con las poblaciones norteafricanas. Pero ¿cómo interactuaron los indígenas canarios con su entorno natural, desde el punto de vista de las creencias? Es decir, ¿cómo percibieron el medio y le dieron sentido a partir de su pensamiento?

No tenemos ningún tipo de certeza sobre cómo pudo ser el día a día de los antiguos canarios. Los materiales hechos con madera, piel o vegetales sobreviven solo en condiciones únicas. Hoy sabemos que una buena parte de los utensilios de los indígenas canarios estaban hechos con estas materias primas. Es decir, cualquier intento de reconstruir la vida de los antiguos, a partir de los objetos que han pervivido, es muy problemática. Los indígenas canarios tenían que ingeniárselas solo con sus objetos más esenciales. La mayor parte de su vida mental, religiosa y emocional se realizaba sin objetos. Sin embargo, frente a este panorama, hoy cualquier persona de clase media posee cientos de objetos. Casi todas nuestras creencias, emociones y actividades están mediadas por objetos.

La principal aportación del libro que aquí prologo radica, precisamente, en que el autor se adentra en las creencias y en los rituales de los antiguos palmeros, a partir de las huellas materiales que quedaron como testigos en el territorio, en el marco de la isla. Ello es posible gracias al exhaustivo conocimiento que Miguel Ángel Martín González posee de la realidad insular, así como de las huellas materiales, arqueológicas, de los antiguos palmeros y de su conexión con el cosmos.

En este libro, el autor no recurre a las fuentes etnohistóricas para ratificar el pensamiento occidental renacentista sobre las creencias paganas de los indígenas canarios. Este ha sido el proceder de otros investigadores decimonónicos y contemporáneos. Antes al contrario, Miguel Ángel Martín González ha desarrollado una línea de investigación que requiere un conocimiento minucioso, pormenorizado, de la realidad arqueológica y de su relación con el cosmos, con el cielo, con los astros, con las constelaciones. A partir del trabajo de campo, durante muchos años de investigación, el autor ha podido corroborar la existencia de determinados fenómenos que se producen en determinados yacimientos, en épocas determinadas del año y en relación con la posición de determinados elementos del cielo. Es decir, ha podido establecer patrones o pautas que permiten entender por qué determinados yacimientos tienen una localización concreta, en relación con su entorno y, por ende, una significación que entronca con prácticas ancestrales que dieron sentido al mundo de los antiguos palmeros.

Los indígenas de La Palma tuvieron sus divinidades, sus espíritus, genios, demonios; sus calendarios, sus mitos, sus rituales, en definitiva, un pensamiento diferenciado, ancestral, adaptado al marco insular, pero de raíz amazigh, norteafricana. Es precisamente en la tercera parte de este

libro, en el apartado destinado al “Ámbito de las creencias”, donde el autor desarrolla la que considero como la principal aportación. El libro cuenta con otras dos partes igualmente sugerentes, documentadas y que permiten tener una amplia visión del mundo indígena de La Palma: la primera, dedicada al problema de los orígenes, y la segunda, centrada en los aspectos socioeconómicos de los antiguos palmeros.

En suma, el lector tiene entre sus manos un libro novedoso, pero, sobre todo, muy necesario en el ámbito de los estudios sobre el mundo indígena canario, pues apuesta por investigar el pensamiento, es decir, el conocimiento no fosilizado que se transmitió de generación en generación y que permite entender muchas de las creencias arraigadas en el mundo rural de La Palma, aún siglos después de la conquista. La labor que Miguel Ángel Martín González ha venido desarrollando como fundador, director y autor de muchos de los artículos de la revista Iruene, ha permitido recoger en sus páginas diversos estudios y ejemplos que así lo corroboran. Este libro se hace eco de ello.

Sobrevivir al etnocidio, después de la conquista, fue un acto de resistencia por parte de los antiguos canarios y este es un aspecto crucial para quienes deseen entender mejor la historia de las Islas Canarias y de su legado indígena. Este libro, sin duda, apuesta por acercar a la sociedad este legado, el conocimiento ancestral, la cosmovisión de quienes, procedentes del norte de África, abrieron camino en La Palma por vez primera. Por tanto, el lector tiene en sus manos un libro que le permitirá adentrarse en el pensamiento originario de los antiguos palmeros en relación con su isla... y que le permitirá reencontrarse con una visión del mundo en donde ser era más importante que tener.

A. José Farrujia de la Rosa